



Es un pasaje entrañable el que nos narra el evangelio de este día, domingo tercero de Pascua.

Tiene lugar en el atardecer, cuando se saborea el frescor que va dejando el sol que camina hacia su ocaso. El canto de los pájaros, que buscan el calor del nido, llenan de alegría el corazón. La luz que va dejando paso a la oscuridad haciendo como una llamada a la intimidad y al silencio.

En este ambiente entrañable, “*dos discípulos de Jesús*” van de camino, a una aldea llamada Emaús, en acalorada conversión. Compartían los sentimientos que les llenaba el corazón. Planes y esperanzas forjados a lo largo de los tres años en compañía del Maestro, se habían desvanecido como acontecen con muchas de las ilusiones que encuentran acogida en nuestro interior.

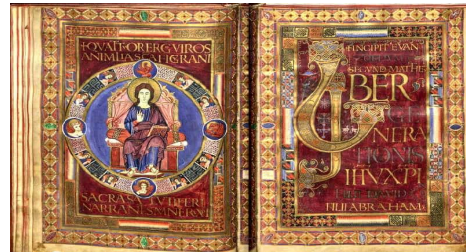
Esperábamos...

Solos y abandonados, dos de ellos se preparan para regresar a casa listos para volver a su antiguo vivir.

En un tramo del camino, Jesús se acerca a ellos, pero sus ojos “*no pueden reconocerlo*”. Algo ha muerto en su interior: conocen las Sagradas Escrituras, pero no les sirven; escucharon el Evangelio en Galilea, pero ahora parece sólo un sueño que se ha desvanecido en la cruda realidad.

Bien es verdad que les había llegado el anuncio de que Jesús estaba vivo: pero ¿quién puede creer tal cosa?

El primer regalo del resucitado es ponerse a su lado y caminar con ellos. Jesús les escucha, les deja hablar y, curiosamente en un momento del andar, los corazones de aquellos discípulos comienzan a arder. Se siente tan llenos que invitan al “*extranjero*” a que se quede con ellos para compartir mesa y mantel. Mientras cenan lo reconocen: Jesús está ahí, está con ellos y alimenta su fe.



Este relato bien podría decirse que es un evangelio en miniatura. Una historia donde se funden la fe y la emoción, la razón y el sentimiento, el dolor y la alegría, la duda y la certeza y, de este modo, se tocan las cuerdas más profundas de quien lo lee, ya sea porque esté guiado por la fe o simplemente busque para emprender el camino hacia Aquel que ofrece la plenitud del vivir.

Cuatro mojones orientativos se nos ofrece en este bello relato para el sendero de nuestros días.

1º El camino

La vida humana es dinamismo, avanza y Dios viene al encuentro del hombre para acompañarlo y caminar con él.

2º La hospitalidad

Es otro símbolo central y ancestral del hombre. La vamos adquirimos, en la acogida mutua que nos damos; escuchando la Palabra del Señor; compartiendo la oración compartida; tomando conciencia de que el primer huésped, el que primero nos da “*el don de la hospitalidad*” es el mismo Señor.

Es Él quien nos acoge en su creación, en la mesa preparada para nosotros; él es quien nos viste con el vestido de boda, con ese vestido bautismal que nos hace partícipes de la muerte y resurrección a fin de sentarnos a su mesa.

La desconfianza inicial se disuelve hasta convertirse en fraternidad.

3º La fracción del pan

Compartir el pan es lo que verdaderamente nos hace hermanos. Es la celebración de la alianza, de la amistad. Es decir: pongo en común lo que es mío bien. Lucas, con la frase “*partió el pan*” tiene en mente la Eucaristía y quiere decirnos que Jesús, ahora resucitado y vivo, se nos entrega en la caridad perfecta de la Eucaristía.

4º Los ojos que se abren



Los humanos, inmersos en la cotidianidad, no vemos las maravillas del amor de Dios en lo que nos rodea; no sabemos leer bien las Escrituras; tememos que el Dios de Jesús, de quien oímos hablar, nos impida ser felices. Cuando en nuestro camino abrimos los ojos, por la gracia del Resucitado, descubrimos, con asombro y alegría, que Dios nos ama, es nuestro amigo, nuestro Padre, Jesús nuestro hermano y que la fe es la clave de la vida verdaderamente humana.



Orando en la escuela de los salmos



**Protégeme, Dios mío,
que me refugio en ti;
yo digo al Señor:**

"Tú eres mi bien".

**El Señor es el lote
de mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano:
Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche
me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.
Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.
Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.
Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.**

Tener los sentimientos de Cristo es lo que san Pablo pide a los Filipenses cfr 2,1-11 y el salmo 15 (16) es un auténtico regalo que, como "pan del cielo", rumiado en nuestro interior, nos ayuda a saborear el modo como el Señor vivió el misterio de su pascua. Orí-

genes, comentándolo, afirma que quien ora en el es Cristo. Es toda una ruta que se abre para nosotros puesto que tiene un carácter sapiencial y, por tanto, profundamente educativo. La alabanza y la confianza se van entretrejiendo en el corazón del Señor - salmista orante para nosotros en la liturgia de hoy - como fruto de un saber que se hace experiencia gozosa de que Dios lo guarda y lo protege porque es su Padre. De ahí que, en todo él, se guste una calma estable, un gozo intenso, una confianza gozosa.

Este salmo viene a ser una especie de camino que Jesús nos ofrece. Es como si nos dijese: cuando la oscuridad os envuelva no os dejéis atrapar por ella, llamad al corazón de Dios y decidle *"Protégeme Dios mío que me refugio en ti"*.



Él nos muestra, en el misterio de su sufrimiento, el sendero de la vida. Con admiración y gratitud, en la medida que se va rumiando, se descubre, como fruto del trato con Cristo, que la vida es un camino que nos conduce a gozar de una presencia siendo Dios Padre la tierra del que ora. Santa Teresa del Niño Jesús afirmaba que "es mejor hablar con Dios en lugar de hablar de Dios, porque en las conversaciones con los demás siempre se puede introducir el amor propio". La oración siempre es fuente de vida.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo III de Pascua "A"



Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús... Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura.

Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo:

—«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída».

Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció.

Ellos comentaron:

—«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».